

FORJADORES DE MEXICO

POR

NEMESIO RODRÍGUEZ LOIS

Licenciado en Derecho.

Editorialista de *El Heraldo de México*.

SUMARIO: I. Introducción.—II. El imperio de Huichilobos.—III. Una cruzada misionera se pone en marcha.—IV. Tres obispos.—V. El humanismo cristiano.—VI. Nueve semblanzas edificantes.—VII. El renacer de España en México.—VIII. El tejedor de calumnias.—IX. La Bula *Sublimis Deus*.—X. Un rayo de esperanza.

I. Introducción.

Este trabajo nació con la definida intención de rebatir una tesis absurda que de unos años a esta parte vienen difundiendo con ahínco clérigos, monjas y obispos progresistas; la falacia de que la Iglesia de Iberoamérica se encogió siempre de hombros ante la suerte de los humildes, que se alió con los poderosos, bendiciendo sus ambiciones y que solamente empezó a preocuparse de los pobres cuando irrumpieron con violenta soberbia en el escenario elementos como un Camilo Torres, un Sergio Méndez Arceo o un Samuel Ruiz.

Aparte de tendenciosa, dicha tesis es falsa y no hace falta escarbar mucho para demostrarlo.

Basta con echar una ojeada a una época de nuestra Historia que ha sido menospreciada y a la cual ninguna atención se le presta.

En una de sus últimas obras, el maestro Octavio Paz nos dice que, «aunque los mexicanos estamos preocupados —mejor dicho, obsesionados— por nuestro pasado, no tenemos una idea

clara de lo que hemos sido. Y lo que es más grave: no queremos tenerla. Vivimos entre el mito y la negación, deificamos a ciertos períodos, olvidamos a otros. Esos olvidos son significativos; hay una censura histórica como hay una censura psíquica. Nuestra historia es un texto de pasajes escritos con tinta negra y otros escritos con tinta invisible. Párrafos pletóricos de signos de admiración, seguidos de párrafos tachados. Uno de los períodos que han sido tachados, borroneados y enmendados con más furia ha sido el de la Nueva España» (*).

Sucede que cuando el amante de la verdad histórica decide penetrar en lo relativo a la época de la Nueva España, le ocurre lo mismo que a aquel explorador que, hallándose perdido en el monte, encuentra sin proponérselo la entrada de una mina que ha sido abandonada desde mucho tiempo atrás; quita la maleza que cubre el acceso, penetra con sumo cuidado y va adentrándose en túneles que él mismo creía llenos de fango y alimañas.

Y cuál no será su sorpresa al encontrar una espaciosa galería en la cual se encuentran —en perfecto orden e iluminados por brillantes lámparas— tesoros fabulosos, tales como oro, plata, diamantes, obras de arte y demás piedras preciosas que, sin duda alguna, fueron abandonados por sus propietarios de modo rápido e inesperado.

Un tesoro de valor incalculable del que nadie imaginaba su existencia.

Igual ocurre con la que consideramos como la época decisiva en la integración de la nacionalidad mexicana: la Nueva España, conocida por los historiadores liberales como la época de la dominación colonial.

Tomás Carlyle, historiador británico del siglo pasado, nos dice que la Historia no es el fruto de las masas, sino de la acción de los héroes; afirma que son estos individuos excepcionales —los héroes— quienes señalan los rumbos a los demás.

Por su parte, San Agustín sostiene que la Historia humana no

(* *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*, Fondo de Cultura Económica, 1.ª ed., México, 1982, pág. 23.

es otra cosa que una lucha entre dos reinos, el de Dios y el del mundo.

Según el obispo de Hipona, la llegada de Cristo —o sea, la Redención— es el punto central porque, gracias a ella, la Ciudad de Dios se levanta sobre la ciudad terrena; por lo tanto, el objetivo final en la historia del mundo no será otro más que el triunfo de los bienaventurados.

La Historia es una labor tanto de la Providencia como del hombre. Solamente la idea de Dios podrá darle un auténtico sentido a la vida y el mundo sólo estará bien encauzado cuando se oriente hacia la Ciudad de Dios.

Pues bien, al estudiar, con cierto detalle, esa interesante etapa de nuestra historia, etapa que correspondió a la forja de la nación mexicana, coincidimos tanto con Carlyle como con San Agustín.

Si Tomás Carlyle nos dice que la Historia es el producto de la acción de los héroes, llegaremos a la conclusión de que México fue forjado por hombres de talla excepcional.

Y, si San Agustín nos dice que el concepto de Historia sólo encuentra su verdadera explicación en la lucha entre los reinos de Dios y del mundo, llegaremos a la conclusión de que los héroes que forjaron a México llevaban, como propósito primordial, extender hasta los más alejados confines el Reino de Dios cuyos fundamentos se hallaban en el Evangelio.

De todo esto concluimos algo muy importante: nuestro México fue forjado por héroes, pero no por héroes comunes y corrientes de los que se encuentran en libros de caballería, en novelas de capa y espada o en películas del Oeste.

Nuestro México fue forjado por héroes que también fueron santos.

Varones de talla excepcional que —poseídos de un sublime afán— dejaron atrás patria y familia, cruzaron el Mar Tenebroso, se adentraron en tierras desconocidas, convivieron con seres rudos y salvajes y se dedicaron, en cuerpo y alma, a comunicarles la Feliz Noticia de que ya el Hijo de Dios había redimido nuestras culpas.

Varones de talla excepcional que amaron a las gentes con las que se iban encontrando y que hicieron esfuerzos sobrehumanos para incorporarlos al mundo occidental y cristiano.

Una labor ardua, tenaz —pletórica de sacrificios y de martirios—. Y, al final, fue coronada por el éxito.

Uno de los fenómenos que más angustian al hombre de nuestros días es que, a toda costa, busca modelos dignos de ser imitados.

Esto provoca que la propaganda consumista le presente una serie de tipos extraños, que manejan el revólver con destreza, que poseen un gran atractivo físico o que visten elegantemente, a la moda. Esos son los héroes que se le venden al hombre de hoy.

Y al ver que el hombre se cansa, incluso, de esos seres fantásticos que no pueden ser reales, la propaganda consumista llega aún más lejos, presentando, incluso, a un extraterrestre —el famoso E. T.—, al cual se le adorna con cierta ternura e ingenuidad que, por hallarse tan escasas dichas virtudes entre nosotros, hacen que el público se le entregue por completo.

Hubo un tiempo en que los modelos de nuestra juventud fueron héroes que luchaban por causas nobles y santas.

Pero el liberalismo despreció la santidad y exaltó únicamente la destreza física de los protagonistas de una gesta; fue así como nos quedamos con los vaqueros de Oeste, que mataban indios como si fuesen moscas o con espías que se jactaban de tener varias amantes.

Total, que se llegó a la aberración de admirar y aplaudir a tipos cínicos y viciosos a los que todo se les disculpaba porque eran diestros y apuestos.

Pero también de ellos se cansaron las gentes; quizás esto explique la predilección por seres pertenecientes a otras galaxias y que no están manchados con nuestras faltas.

Por todo lo anterior, es que consideramos de justicia el recalcar que este México nuestro, y con él el resto del mundo, solamente lograrán salvarse si hacen que de su seno surjan héroes dignos de acometer empresas grandiosas.

Pero no héroes diestros y apuestos que se queden en me-

ras hazañas superficiales. Necesitamos héroes de talla excepcional. Necesitamos héroes que sean santos.

Si este México nuestro, de nuestros pecados y de nuestra esperanza fue forjado gracias a la obra benemérita de héroes que también fueron santos, lógico será concluir que solamente podrá salvarse cuando acudan en su auxilio héroes que también estén poseídos por el sublime ideal de la santidad.

De lo contrario todo esfuerzo será inútil.

Y será inútil porque esta noble nación guadalupana es merecedora de la mejor de las suertes. Y si santos héroes la forjaron, sería un atentado a su vocación el pretender que cualquier figurín de pacotilla pudiese redimirla.

Para alcanzar la salvación de México se requiere de varones excepcionales, que sepan estar a la altura de aquella interminable constelación de mártires y misioneros que un feliz día cruzaron el mar para traernos el Evangelio.

En las páginas siguientes —de un modo somero y sin pretender agotar el tema— resaltaremos las cualidades más relevantes, así como la obra principal realizada por varones excepcionales, cuyas hazañas no tienen parangón en la Historia universal.

II. El imperio de los Huichilobos.

A finales del siglo xv el Océano Atlántico se llamaba Mar Tenebroso, y era considerado como algo misterioso e impenetrable.

Tras el horizonte se veía morir el sol día tras día, se ocultaban profundos misterios para los europeos de la Edad Media.

Y esos misterios atraían, interesaban y provocaban a los buscadores de aventuras. Pero un denso velo ocultaba celosamente un mundo nuevo y fantástico que muy pronto saldría a la luz.

Eran aquellos los años en que el navegante Cristóbal Colón recorría los caminos de Europa tratando de convencer a los monarcas de que era posible llegar hasta el lejano Oriente navegando hacia Occidente. Eran los años en que los Reyes Católicos,

don Fernando y doña Isabel, estrechaban el cerco del reino moro de Granada e intentaban poner fin a la Reconquista.

Al respecto nos dice el historiador norteamericano Joseph Schlarman: «Si a Cristóbal Colón por esa época le hubiera sido posible correr el velo, que fue arrancado treinta años más tarde, habría podido mostrar a la reina Isabel una escena tan sangrienta, tan repugnante y tan inhumana, como precisamente aquel año de 1487 se desarrollaba en México, que la soberana se hubiera desmayado de espanto» (1).

Muy lejos de allí —a miles de kilómetros y meses de navegación—, en una ciudad rodeada por lagos y que por fondo tenía dos majestuosos volcanes ocurría algo impresionante.

En el fatídico año de 1487, en Tenochtitlán, el rey Ahuítzotl se disponía a inaugurar un templo gigantesco en honor de Huitzilopochtli, el siniestro dios de la guerra.

En su construcción habían trabajado durante cuatro años millares de indios esclavos. Y también, durante esos cuatro años, guerreó Ahuítzotl contra muchos pueblos vecinos con un definido propósito: capturar prisioneros para sacrificarlos en el estreno del gigantesco santuario.

Y llegó el gran día.

El templo se abrió al culto público y los prisioneros capturados —cuyo número excedía de los 68.000— fueron ordenados en cuatro filas, que comenzaban al pie de las gradas del templo y seguían cada una de ellas hacia los cuatro puntos cardinales. A la cabeza de cada fila había un sacrificadero.

Fueron subiendo las víctimas hacia los mataderos. Allí, cuatro sacerdotes sujetaban al prisionero por los brazos y los pies, otro le aseguraba la cabeza, y un topiltzin o sacerdote le descargaba sobre el pecho un golpe con el cuchillo de pedernal, le sacaba el corazón, lo ofrecía al sol; y —aún palpitante— lo arrojaba a los pies del implacable Huitzilopochtli.

A continuación se arrojaba el cadáver escaleras abajo y, allí,

(1) *México, tierra de volcanes* (traductor: Carlos de María y Campos), Editorial Porrúa, 7.ª edic., México, 1965, pág. 21.

la multitud luchaba desesperadamente entre sí para lograr cortar algún pedazo y comérselo en el acto, aunque fuese crudo.

La sangre corrió a raudales sobre las gradas del templo. Los sacerdotes la recogían con jícaras, untando después las paredes, los ídolos y sus propios rostros. El hedor que se extendió por toda la ciudad era insoportable.

Cuatro días duró esta horrenda carnicería. Desde que el sol salía hasta que el sol se metía y, según doctos historiadores, se calcula que murieron en tan tétrica ceremonia más de 80.000 hombres.

Según el historiador Mariano Cuevas, S. J.: «Este fue, sin duda, el acto más culminante de barbarie, no sólo en la historia mexicana, sino en la historia universal» (2).

Y ese fue sólo el comienzo ya que, una vez inaugurado el santuario, no había mes en que —con un pretexto o con otro— no se repitiesen tan dantescas escenas.

Se calcula que más de 20.000 personas perdían la vida anualmente en aras del sangriento dios de la guerra.

Todo esto propició que Justo Sierra —famoso historiador mexicano de tendencias anticlericales— se espantase por tal crueldad y afirmase horrorizado:

«... Los sacrificados fueron matanzas de pueblos enteros de cautivos que tiñeron de sangre a la ciudad y a sus pobladores; de todo ello se escapaba un vahó hediondo de sangre. Era preciso que ese delirio religioso terminara; bendita la Cruz o la espada que marcasen el fin de los ritos sangrientos» (3).

Era un imperio de terror el que existía sobre el pueblo azteca.

Huitzilpochtli —la deidad caníbal de Tenochtitlán— era insaciable, y los humildes habitantes de sus dominios vivían en un continuo sobresalto esperando que, de un momento a otro, cayera sobre ellos el filoso pedernal de los sacrificadores.

Esa horrible deidad que tan espantado y embrutecido tenía al

(2) *Historia de la nación mexicana*, Editorial Porrúa, 3.ª edic., México, 1967, pág. 69.

(3) *Evolución política del pueblo mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2.ª edic., México, 1957, pág. 44.

pueblo azteca era un dios de aspecto tan horroroso que los españoles lo llamaron Huichilobos.

Huitzilopochtli representaba al dios del Mal.

Según la leyenda, era hijo de Coatlicue —mujer muy devota de los ídolos—. Cuando los hijos de esta mujer intentan matarla para evitar el deshonor que supondría el nacimiento de un hermano de padre desconocido, salió Huitzilopochtli del vientre de su madre, hizo aparecer una serpiente de pino, se arrojó sobre sus hermanos y los mató. Huichilobos nació matando.

El cronista Bernal Díaz del Castillo llegó a ver dicho ídolo y dijo, de él, que «tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables» (4).

Pues bien, ese ídolo sucio, espantoso, cruel y con olor permanente a sangre humana era el dios principal de los aztecas.

La serpiente que se enroscaba sobre su pecho bien podría representar a la serpiente infernal que tentó a nuestra madre Eva en el Paraíso Terrenal.

Por todo ello, bien pudiera pensarse que los aztecas, al adorar a Huichilobos, estaban adorando al demonio, o sea, al Mal hecho autoridad presente entre ellos.

Los topiltzin bien pudieron haber elegido otro dios para que fuese el favorito; por ejemplo, Quetzalcoatl —el blanco y bondadoso anciano de la canosa barba—, pero no, los hechiceros eligieron al sangriento Huitzilopochtli y, ante su repugnante figura, sacrificaron miles de víctimas en medio de ritos bestiales y satánicos.

San Buenaventura nos dice que «es tanta la crueldad del demonio que nos devoraría a toda hora si la providencia divina no nos guardase».

Y, por su parte, San Agustín afirma que, «si el diablo por su iniciativa pudiese algo, no quedaría un hombre sobre la tierra».

Odio terrible el que Satán siente por el linaje humano, linaje formado por seres inferiores a él, que están destinados a ocupar

(4) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Fernández, Editores, S. A., 8.ª edic., México, 1972, pág. 199.

en el Cielo los lugares que un día los ángeles rebeldes perdieron por su soberbia.

Corrado Balducci, experto en cuestiones demonológicas, sostiene que «Satanás odia terriblemente al género humano, sea por la voluntad obstinada en el mal, y, por lo mismo, enemiga irreconciliable de Dios y de todos los que pueden unirse a El con un amor recíproco; sea porque el hombre, viviendo en gracia, puede merecer aquella salvación eterna por él miserablemente perdida; sea, por fin, por la preferencia que Dios demostró por la naturaleza humana con motivo de la Encarnación» (5).

El demonio odia al hombre por dos razones principales:

a) Por odio a Dios, bajo cuya imagen y semejanza fuera el hombre creado.

b) Por envidia, pues sabe que ese débil barro lastrado por la concupiscencia está destinado a salvarse, lo cual Satán y sus ángeles rebeldes jamás podrán alcanzar.

«Esta posición de privilegio convirtió al hombre en blanco y víctima de un odio y envidia implacables, que se desahogan por un trabajo constante y tenaz para separarlo de Dios o, al menos, en todo cuanto pueda acarrearle un daño, un sufrimiento» (6).

Si hubiera que presentar una imagen fiel de Satán, quizás la más cercana a la realidad sea la de un grabado hecho por Gustavo Doré: presenta un demonio gigantesco mirando a un grupo de seres humanos no con odio, sino con un sentimiento lastimero que explica ese odio: Tristeza.

Sí, la tristeza que se siente ante la vista del bien ajeno y que conocemos como envidia.

Y esa envidia causa el odio con que Satán ve al humano linaje que fuera creado a imagen y semejanza de Dios.

Con estos antecedentes no es, pues, descabellado pensar que

(5) *Los endemoniados, hoy* (versión española por José Zahonero Vivó), Editorial Marfil, S. A., 1.ª edic., Valencia, 1965, pág. 59.

(6) *Ibid.*, pág. 60.

la furia con que eran tiranizados los pueblos del Anáhuac era una furia de origen satánico, ya que tanto odio, tanta saña contra gentes inermes sólo puede tener una explicación metafísica: un odio que traspasa las barreras del tiempo y del espacio y que tuvo su origen en aquel primer pecado, cuando el ángel rebelde exclamó con altanería: «¡Non serviam!».

El P. Rafael Ramírez Torres, S. J., en una obra magnífica, que en forma poética canta las gestas y desventuras de nuestro pueblo, hace hablar a Satán, quien, con un deje de amargura reconoce:

«Hubo un tiempo en que fui reverenciado
como supremo dios omnipotente
en cada ciudad, cada poblado,
por la ancha faz de todo el Continente
con muy diversos nombres. Trono empero
tan firme y absoluto y permanente
por más que recordar mis tronos quiero
nunca jamás en otro suelo tuve
desde que en lo alto fui limpio lucero
y me daban el nombre de querube».

«Y fui Huitzilopochtli! Como ahora
mi pecho el tiempo aquel de ídolo torvo
en que la tribu humilde nos adora.
No hay enemigo que mi culto altere,
ni sentimos el pie de la Señora
ni del alto Yavé la ira nos hiera».

«Huitzilopochtli fui. Melancolía
me causa el reconocerlo. Porque cierto
en todo el Continente no, no había
pueblo más dócil a mis leyes. Yerto
de ominoso terror, todos los meses
me ofrendaba un magnífico concierto
de gemidos de víctimas. Las heces

bebí en mi cáliz de odio que envenena
sus gozos, sus dolores y sus preces» (7).

El atribulado pueblo azteca gemía día y noche bajo tan infernal tiranía y no hallaba la manera de liberarse de su tétrico destino.

Ese era el siniestro misterio que el Océano Atlántico ocultaba celosamente a los piadosos ojos de la cristiandad europea de finales del medioevo.

Esa era la escena tan sangrienta y repugnante que, al decir de Schlarman, si la reina Isabel la hubiera contemplado «se hubiera desmayado de espanto».

«Los demás pueblos de Anáhuac tenían también sus sacrificios humanos. Los tarascos sacrificaban esclavos; las víctimas de los mayas eran de ordinario niños y cautivos, a quienes quemaban en un ídolo hueco que tenía forma de hombre; los zapotecas inmolaban hombres a sus dioses y mujeres a sus diosas: en uña palabra, estaban las naciones y razas todas de Anáhuac entregadas "a potestad de las tinieblas", y víctimas de la más espantosa esclavitud, la del demonio, que es carnicería, desolación e iniquidad.

«Pero Dios, Nuestro Señor, en el tiempo fijado por su misericordia iba a poner fin a tantas atrocidades, con un golpe maestro de su diestra y que había de repercutir en todos los tiempos, como testimonio de amor preferente para con todos los reinos del Anáhuac» (8).

Es curioso pero, antes de seguir adelante, prudente será poner de realce un detalle muy singular.

Fray Bernardino de Sahagún, en su libro XI de su monumental *Historia de las cosas de la Nueva España*, nos cuenta cómo, años antes de la llegada de los conquistadores españoles al Valle de Anáhuac, se produjeron en la Gran Tenochtitlán,

(7) *La trilogía del pueblo mexicano*, Editorial Tradición, 1.ª edic., México, 1977, págs. 275, 289 y 292.

(8) Bernardo Bergöend, S. J., *La nacionalidad mexicana y la Virgen de Guadalupe*, Editorial Jus, 2.ª edic., México, 1968, pág. 21.

unos sucesos misteriosos que los adivinos calificaron de funestos augurios que ensombrecían el ánimo de Moctezuma y de sus cortesanos.

No tiene caso tratar con profundidad este asunto. Lo que sí conviene resaltar fue que, uno de esos augurios funestos —concretamente el sexto— consistió en que, en las noches, se oía el gemido lastimero de una mujer que con llanto desgarrador exclamaba:

«¡Oh, hijos míos, que ha llegado ya vuestra destrucción! ¡Oh, hijos míos! ¿A dónde os llevaré para que no os acabéis de perder?».

Durante la época colonial el llanto de esta mujer siguió escuchándose en las calles y, expertos en temas de la época —como don Luis González Obregón, José María Marroquí y Artemio del Valle Arizpe— hablan de una misteriosa mujer de hábito blanco que gemía de un modo desgarrador y que acababa perdiéndose en las aguas de la laguna. Este inexplicable suceso dio origen a la famosa leyenda de «La llorona».

Nosotros le damos una interpretación muy personal.

¿Quién era la mujer que con tanto dolor aullaba pocos años antes de la llegada de los conquistadores españoles?

¿Quién era la mujer que se sentía tan adolorida pocos años antes de que santos misioneros llegasen portando una cruz?

¿Por qué, en el ardor de sus quejidos, decía que ya tenía que irse? ¿Quiénes eran esos hijos que iban a quedar desamparados?

Realmente se nos erizan los cabellos al adentrarnos en el tema e intentar profundizar en el mismo, ya que vemos un fondo no sólo de ultratumba sino, incluso, diabólico.

¿No sería el demonio, el mismísimo demonio quien aullaba con furia, dolor e impotencia al ver cómo la Cruz Redentora de Cristo llegaba ya a liberar de sus cadenas al infeliz pueblo azteca?

Desde luego que ésta es una interpretación muy personal, pero que conviene meditar y tener muy en cuenta.

«En el plan armónico de la historia todos los hechos tienen

un oculto sentido que después resplandece. Fue necesario el hundimiento de Grecia y el surgir magnífico del pueblo romano; fue preciso el poderío avasallador de su imperio dando unidad al mundo y articulando sus partes dislocadas en un solo organismo jurídico, para que el acontecimiento central de la historia humana, el advenimiento de Cristo, se produjera en el mundo en condiciones de centelleante propagación. Los acontecimientos más sublimes generados por la voluntad de Dios enlazan maravillosamente lo divino y lo humano, el orden natural y la realidad sobrenatural.

»En América ocurría lo mismo. Están dispuestos ya los elementos humanos. Un pueblo en Anáhuac que ignora su destino. Una raza cristiana que rebosa los mares. Un capitán denodado con la espada en la diestra y la Cruz en el pecho. El mundo, expectante, presiente algo grandioso. El drama empieza, y la Madre de Dios, la Virgen María, sabe que el momento solemne se acerca de ganar para sí el corazón entero de un pueblo que es el objeto mismo del drama» (9).

Y fue así como, por especial designio de Dios Todopoderoso, llegó para estos sufridos pueblos del México precortesiano el ansiado día de su liberación.

Desde tierras de Oriente, tal y como siglos antes lo profetizara el bondadoso Quetzalcoatl, llegaron hombres blancos y barbudos dispuestos a implantar toda una era de paz, progreso, dulzura y amor.

Como acertadamente nos dice el Padre Bergöend: «La conquista del Imperio Mexicano por un puñado de españoles ofrece tal cúmulo de circunstancias extraordinarias, que es preciso buscar fuera de lo humano la explicación que satisfaga» (10).

La conquista de México fue un acontecimiento providencial que vino a liberar del poder satánico de Huichilobos a multitudes de infelices aborígenes.

(9) René Capistrán Garza, *La Virgen que forjó una patria*, Editorial Biblioteca «Hoy», 1.ª edic., México, 1939, pág. 59.

(10) Bernardo Bergöend, S. J., *op. cit.*, pág. 33.

Era voluntad de Dios que el Mal fuese vencido, que el demonio fuese desterrado y que la dulce doctrina de Nuestro Señor Jesucristo arraigase en los corazones del noble pueblo mexicano.

Una de las escenas más impresionantes y significativas de la conquista de México es aquella en la cual Cortés —armado con una barreta de hierro— subió al Gran Teocalli, dio un golpe entre los ojos del feroz Huitzilopochtli y, en pocos minutos, el ídolo demoníaco rodaba por el suelo hecho pedazos.

En esos momentos se escenificaba un episodio más de la multiseccular lucha entre el Bien y el Mal.

El Bien —representado por la Fe de Cristo—, cuyo brazo armado en esos momentos era Hernán Cortés y, el Mal —personificado por el brutal Huichilobos—, el cual en esos momentos se arrastraba destrozado por las gradas del templo, al igual que Luzbel cuando cayó vencido a los pies del Arcángel San Miguel.

Y, Cortés —de rodillas—, con lágrimas de alegría en los ojos y adorando un Crucifijo exclamó en voz alta:

«Infinitas alabanzas te sean dadas, Dios verdadero, en los siglos de los siglos, porque has permitido que al cabo de tantos años que el demonio, con la abominación de sus errores, tiranizaba estas incógnitas naciones, asentado en este trono, le haya, por nuestras indignas y débiles fuerzas, desterrado a los abismos donde mora» (11).

A partir de ese momento se cerró un doloroso capítulo de la historia de nuestra patria y empezó a forjarse la verdadera nación mexicana.

Qué bien encuadran aquí aquellas sonoras frases del ilustre historiador don Alonso Trueba: «No nos cabe duda de que el demonio, el real y auténtico demonio, había tomado posesión de los mexicanos, los había embrutecido y puesto a su servicio. ¡Glorioso el día en que apareció la Cruz y puso en fuga a la

(11) José Vasconcelos, *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, Editorial Tradición, 3.ª edic., México, 1975, pág. 85.

legión satánica! Entonces, el indio mexicano, este indio apacible y manso, fue rescatado de las garras del Malo y pudo al fin tener un día de paz» (12).

III. Una cruzada misionera se pone en marcha.

Dejemos que sea el historiador y periodista José Fuentes Mares quien nos describa los últimos minutos del imperio azteca:

«Imposible que los defensores resistieran el turbión de hierro y venganza. Unos luchaban entre cadáveres recientes o putrefactos; otros caían al agua y se ahogaban, o se dejaban ahogar; mujeres y niños famélicos se acogían temerosos a la protección de los téules; guerreros aún firmes en las últimas albarra-das y azoteas. Paulatinamente amainaron los ruidos, y la ciudad se llenó de silencio como barco maltrecho al posar en el fondo de las aguas. Los bergantines castellanos navegaban junto a canoas indias con sus mudos ocupantes. Era el fin del mundo. De un mundo. En México-Tenochtitlán saltaban en pedazos los relojes» (13).

El martes 13 de agosto —día en que la Iglesia Católica festeja a San Hipólito—, Hernán Cortés entraba triunfante en las ruinas humeantes de la gran Tenochtitlán.

La conquista de México puede considerarse como un duelo entre valientes. Fue una lucha heroica en la cual el paganismo cedió su paso al catolicismo y, en la cual, la antropofagia fue sustituida por el humanismo cristiano. A partir de entonces, bajo el pendón de los Reyes de España, la civilización cristiana imprimió un sello indeleble en el alma de México.

El mérito mayor de Hernán Cortés fue el haber liberado a las razas indígenas del Anáhuac; las liberó de la barbarie caníbal y de la práctica abominable de los sacrificios humanos.

(12) *Huichilobos*, Editorial Jus, 3.ª edic., México, 1959, pág. 42.

(13) *Cortés, el hombre*, Editorial Grijalbo, 1.ª edic., México, 1981, pág. 219.

Hernán Cortés fue un verdadero libertador a quien la Providencia divina supo colocar en los destinos de México en el momento más oportuno.

No obstante lo anterior, Cortés era un hombre de visión y, por lo tanto, comprendía que para dar al país conquistado una civilización perdurable era necesario empezar la obra desde los cimientos: el gran edificio de la nacionalidad mexicana habría de asentarse sobre poderosas columnas que —con el paso de los siglos— supiesen dar a obra tan gigantesca una resistencia sobrenatural.

Por eso fue que un buen día el heroico extremeño le escribió al emperador don Carlos pidiéndole que enviase a México misioneros de santidad acrisolada.

Como atinadamente nos dice Robert Ricard: «Si cabe hacer cargos a Cortés no será, ciertamente, el de haber sido remiso en la evangelización de los indios» (14).

Cortés, como hombre de talento que era, comprendía que solamente la desinteresada labor de santos misioneros lograría liberar al país de las prácticas paganas que renacían en cuanto el sol se ocultaba.

Pero dejemos por un instante a Cortés y a sus bravos capitanes preocupados por la reconstrucción material de la antigua ciudad de Tenochtitlán y crucemos el Atlántico para llegar hasta el convento de Santa María del Hoyo, en la árida Extremadura, en donde —algunos años antes de la conquista— los frailes están rezando maitines en el coro.

Ya terminados los salmos llegó la hora de las lecciones, y es entonces cuando un fraile se levanta de su asiento, se encamina al púlpito y empieza a leer —con voz apenas perceptible— un fragmento de las profecías de Isaías.

«Poco a poco iba el fraile levantando la voz al recitar la lección sagrada, hasta que, llegando a cierto pasaje, en que pareció deleitarse singularmente, como saliendo fuera de sí y lleno

(14) *La conquista espiritual de México* (traductor: Angel María Garibay), edición conjunta de Editorial Jus y Polis, 1.ª edic., México, 1947, pág. 81.

de júbilo, se interrumpió, exclamando: '¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!'».

«A estas palabras, proferidas casi a gritos, creyendo los demás religiosos que el lector se volvía loco, le tomaron del pulpito, le llevaron a una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro a terminar los maitines.

«Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente a que se cerciorasen que no lo merecía y, entre tanto, puesto de rodillas oraba con fervor, exclamando a veces: ¡Oh! ¿Y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?».

«El hombre a quien sucedía tan extraña aventura era, nada menos que el futuro superior de la colonia franciscana, destinada a plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Martín de Valencia» (15).

Fray Martín de Valencia, un austero fraile franciscano, había tenido una visión premonitrice: había visto una gran muchedumbre de infieles que se convertían a la Fe y que venían en tropel a recibir el Bautismo.

El santo varón pidió a Dios que dicha visión se la dejase ver con los ojos del cuerpo.

Esta escena tuvo lugar años antes de que Cortés sometiera al indómito Cuauhtemoc, cuando el furor de Huichilobos se hallaba en su apogeo y, cuando, al caer la noche, un llanto lastimero anunciaba el fin de una época.

Como algo premonitrice, un santo varón que toda su vida había transcurrido dentro de los muros de un convento y que se había sometido a toda clase de penitencias, veía a futuro un país exótico y distante en donde millones de seres que eran también hijos de Dios, pedían a gritos las aguas regeneradoras del Bautismo.

(15) Manuel Ramírez Aparicio, *Los conventos suprimidos en México*, Editorial Cosmos, 1.ª edic., México, 1975, págs. 118 y 119.

No había la menor duda, el siglo que se estaba iniciando indicaba claramente que el mundo se hallaba en víspera de grandes acontecimientos.

Por eso fue que, con sobrada razón, el historiador Francisco López de Gómara le había escrito al emperador don Carlos una carta en la cual le aseguraba que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó» era el descubrimiento de Indias.

Y tenía razón López de Gómara, puesto que el linaje humano había sido ya redimido por Cristo, la gran culpa había sido perdonada; lo único que faltaba era dar a conocer tan buena noticia al resto de la humanidad que aún soportaba sobre sus hombros el yugo satánico.

Para entender mejor esta cuestión preciso será remontarse al principio de los tiempos y recordar elementos básicos de la Historia de la Salvación.

— Dios creó al mundo e hizo al hombre a su imagen y semejanza, destinándolo a ocupar el lugar que los ángeles malos —por soberbia— habían perdido en el Cielo.

— Al ver el glorioso destino que le esperaba al linaje humano, Satán —nombre que viene del hebreo «Hassatán», que significa «El Adversario»— se propone perder al hombre, lo tienta, la primera pareja peca y, con su culpa, mancha a todos sus descendientes.

— Satán ha triunfado, pero el Dios Todopoderoso se compadece de la humanidad y le promete que, en un lejano día, le enviará un Redentor que lave tan grande culpa.

— Pasan los siglos, diferentes civilizaciones se suceden a lo largo de la historia y Dios Omnipotente va preparando la venida del Unigénito que lavará las culpas de la humanidad.

— Jesucristo, el Mesías anhelado nace en Belén de Judá. Predica por toda Palestina una nueva doctrina destinada a encauzar a la humanidad por la senda del Bien.

— El siguiente acto en la historia de la humanidad es la muerte de Cristo en la Cruz. El linaje humano ha sido redimido.

La deuda contraída por Adán y Eva ha sido saldada de manera sobreabundante.

— Pero ocurre que la gran mayoría de los pueblos no saben que el Redentor ya nació y que la gran falta ha sido perdonada. Por eso es que los Apóstoles se dispersan por el mundo anunciando por doquier tan Feliz Noticia y tratando de llevar a todos los hombres los copiosos frutos de la Redención. Esto hace que los doce Apóstoles se conviertan en los primeros misioneros.

Y llegamos así a fines del siglo xv, cuando el Evangelio de Cristo ya había sido predicado en el mundo hasta entonces conocido.

Pero el mundo estaba incompleto y ocurre que un 12 de octubre de 1492 el navegante genovés Cristóbal Colón encuentra todo un continente que estaba oculto entre las tinieblas de la idolatría y que a gritos pedía que alguien le llevara la Buena Nueva de que Cristo había venido ya a pagar la gran culpa.

Con todo esto estamos ya en condiciones de comprender la gran verdad de lo afirmado por López de Gómara en el sentido de que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de Indias».

A partir de ese momento la Iglesia Católica emprende la labor misionera más grande de su historia: son millones los seres que no conocen a Cristo y hasta ellos habrá que llevar la luz de la Fe.

Refiriéndose a esos millones de seres, López de Gómara nos dice lo siguiente: «Y como no conocen al verdadero Dios y Señor, están en grandísimo pecado de idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana, conversación con el diablo, sodomía, muchedumbre de mujeres y otros así» (16).

Por eso fue que Dios dispuso que una gran nación, España —que se forjó dentro de los fragores de una Cruzada—,

(16) *Historia general de las indias*, Editorial Ibérica, 1.ª edic., Barcelona, 1965, tomo I, pág. 5.

fuese el instrumento providencial que ayudaría a la Iglesia dentro de la epopeya misionera más grandiosa de todos los tiempos.

Durante cerca de ocho siglos y después de recias luchas contra los hijos del Islam, el pueblo español salió fortalecido; estaba ya en condiciones de extenderse por todo un Nuevo Mundo, de dar la vuelta al orbe y de proclamar a los cuatro puntos cardinales que la humanidad ya había sido redimida, que Cristo era el Hijo de Dios vivo y que el humano linaje sólo podrá encontrar la salvación si accede a transformarse en un hijo fiel de la Iglesia Católica.

Ese gran hispanista que fue don Ramiro de Maeztu comenta, con emotivas frases, la misión providencial que España realiza en aquel siglo XVI, en que un mundo nuevo y exótico aparecía más allá del Mar Tenebroso:

«Toda España es misionera en el siglo XVI... Lo mismo los reyes, que los preladados, que los soldados, todos los españoles del siglo XVI parecen misioneros... La España del siglo XVI concibe la religión como un combate, en que la victoria depende de su esfuerzo» (17).

Por todo lo anterior consideramos que la visión que presenciara Fray Martín de Valencia tiene un gran significado: era un anticipo de la gran empresa que a España le aguardaba en esta orilla del Atlántico.

El caso es que el emperador don Carlos envía misioneros a tierras de la Nueva España y, el día 13 de mayo de 1524, en San Juan de Ulúa (Veracruz), desembarcaron doce frailes franciscanos, pequeña comunidad que viene presidida precisamente por el austero y piadoso Fray Martín de Valencia.

Los nombres de estos doce primeros misioneros deberían de estar inscritos con letras de oro en la Historia de la Iglesia en México, no obstante la mayoría de las gentes los ignoran. Estos

(17) *Defensa de la Hispanidad*, Editorial Poblet, 1.ª edic., Buenos Aires, 1952, pág. 117.

varones que un feliz día llegaron a tierras mexicanas eran los siguientes:

- Fray Martín de Valencia.
- Fray Francisco de Soto.
- Fray Martín de Jesús o de La Coruña.
- Fray Juan Suárez.
- Fray Antonio de la Ciudad Rodrigo.
- Fray Toribio de Benavente.
- Fray García de Cisneros.
- Fray Luis de Fuensalida.
- Fray Juan de Ribas.
- Fray Francisco Jiménez.
- Fray Andrés de Córdoba (lego).
- Fray Juan de Palos (lego).

Estos piadosos varones, abandonando la paz conventual de que disfrutaban en España, se decidieron un buen día a cruzar el Atlántico y a internarse en tierras ignotas, mágicas y misteriosas.

Atrás lo dejaban todo: sus ancianos padres, sus buenos amigos, la patria querida y los gratos recuerdos de un pasado que jamás habría de volver.

En cambio, el porvenir se les presentaba incierto.

Hernán Cortés, al enterarse de su llegada, hizo llamar a los caciques y principales de las mayores poblaciones de México y, acompañado por ellos, salió al encuentro de los misioneros.

Al hallarse frente a ellos, el indomable conquistador de la gran Tenochtitlán se apeó del caballo, puso las rodillas en tierra y, de uno en uno, fue besando a todos los manos. Inmediatamente siguieron su ejemplo Pedro de Alvarado y los demás capitanes y caballeros españoles.

Los indios no daban crédito a lo que veían sus asombrados ojos. No podían comprender cómo los poderosos blancos —que habían logrado subyugar a los feroces aztecas— se humillaban

un insignificante grupo de hombres desarmados que, por su humilde atuendo, semejaban unos mendigos.

¿Qué extraños poderes poseían tan extraños e insignificantes personajes? Los indios —llenos de temor y sin comprender la actitud de Cortés— imitaron el ejemplo de los conquistadores procediendo a besar los hábitos y las manos de los frailes.

Hernán Cortés —el recio capitán que ganara innumerables batallas y que le diera al emperador don Carlos más dominios que los que el monarca heredara de sus augustos abuelos— demostraba con su ejemplo cómo lo espiritual predomina sobre lo material.

Esta actitud de don Hernando la comenta Salvador de Madariaga del siguiente modo:

«Esta escena fue la primera piedra espiritual de la Iglesia católica en México... Era, además, un acto en que el conquistador, hombre de fuerza, ponía su fuerza a los pies del espíritu. Hermosa escena para poner al lado de aquella otra en que Cortés, saltando 'sobrenaturalmente' con la barra de hierro en la mano, se alzó para atacar el rostro repugnante del dios de la sangre, como actos dramáticos tallados en la roca viva de la historia con las líneas claras y vigorosas de un carácter creador. Esta ascensión y esta humillación son los dos momentos más intensos de la vida de Cortés» (6).

Los doce misioneros entraron en la ciudad de México el 17 de junio de 1524 y, a partir de esa fecha, iniciaron una incansable labor tendente a propagar la Fe de Cristo y la civilización humanística de la Europa del siglo XVI.

Mariano Cuevas, S. J., al referirse a estos doce frailes lo hace en los siguientes términos: «Este grupo de hombres, verdaderamente espirituales, serán siempre considerados como los padres de la Iglesia mexicana y constituirán siempre una verdadera gloria de la Iglesia y de España. Con ellos, sencillamente, vino la civilización y desde entonces hay un México civilizado,

(18) *Hernán Cortés*, Editorial Sudamericana, 9.ª edic., Buenos Aires, 1973, págs. 578 y 579.

formado por cuantos han vivido de los principios de la fe y devoción que nos trajeron» (19).

Era tal la pobreza en que vivían estos doce franciscanos que los indios, al verlos, pronunciaban muchas veces la palabra «motolinia». Esto llamó la atención de Fray Toribio de Benavente, quien preguntó a un español qué quería decir aquel vocablo tan repetido. Le respondió su paisano:

— Padre, «motolinia» quiere decir «pobre».

— Este es el primer vocablo que sé de esta lengua —dijo Fray Toribio— y para que no se me olvide, éste será de aquí en adelante mi nombre.

El insigne Motolinía nos daba de esta manera un fuerte testimonio de su franciscano amor a la hermana pobreza. Este santo misionero —a lo largo de su apostolado— bautizó a más de 400.000 personas y a él se debe, en parte, la fundación de la ciudad de Puebla, fundación que tuvo lugar el 16 de abril de 1531.

Los misioneros se dedicaron a aprender las lenguas indígenas, lo cual constituyó una «obra de romanos», ya que, según Orozco y Berra, en lo que hoy es la República Mexicana existían más de 180 lenguas diferentes.

Para lograr esto, los misioneros tuvieron que sufrir numerosos contratiempos; pero en cuanto lo consiguieron su labor evangelizadora se multiplicó, dando frutos copiosos al cabo de unos años.

Como dato interesante diremos que los primeros religiosos en dominar la lengua nahuatl fueron Fray Luis de Fuensalida y Fray Francisco Jiménez, debiéndose a este último la composición de una gramática que fue de gran utilidad a los misioneros.

En medio de aquella babel, los misioneros se vieron en la necesidad de buscar una lengua auxiliar y, para ello, se sirvieron del nahuatl, lengua que era dominante en casi todas las regiones del país, puesto que los indios sometidos a la domina-

(19) *Historia de la Iglesia en México*, Editorial Patria, 5.ª edic., México, 1946, tomo I, pág. 181.

ción azteca —en resumidas cuentas la mayoría de la población— tenían por lengua el nahuatl o por lo menos eran bilingües.

Con tal ardor trabajaron los misioneros para difundir esta lengua que, en 1584 —desde Zacatecas hasta Nicaragua—, pocos eran los indios que no la conocían.

Los doce franciscanos fueron los fundadores de la familia indígena en México, ya que contribuyeron a desterrar la poligamia y a establecer el matrimonio católico entre los nuevos miembros de la Iglesia.

A partir de entonces, esa sagrada institución que es la familia cristiana, arraigó profundamente en nuestra patria y hoy en día constituye uno de los pilares más firmes sobre los que se asienta nuestra sociedad.

Otro dato interesante digno de recordar es que el primer matrimonio se celebró en Texcoco, en el año de 1526.

Hace veintiséis siglos el pensador chino Kuan-Tsú decía: «Si das pescado a un hombre, se alimentará una vez; si le enseñas a pescar, se alimentará toda la vida».

Aquellos pioneros de la evangelización comprendieron la veracidad de esta máxima oriental y, por ello, fue que se dedicaron a instruir debidamente a los indios.

Comprendían que no basta con predicar la dignidad del trabajo manual sino que es preciso dar un paso más y enseñar también el modo de trabajar para poder ganarse honestamente la vida; el indio que nada sabe, nada hace; por eso es que los frailes les enseñaron a ser herreros, carpinteros, albañiles, sastres, zapateros, etc.

Hablar con detalle de la ingente labor de estos santos fundadores de la Iglesia mexicana abarcaría una extensión digna de rebasar el propósito de este trabajo; por ello es que abreviamos citando a don Alfonso Trueba, quien nos dice que «la pureza de vida de los primeros evangelizadores fue una predicación viva y suplió la falta de milagros que hubo en la primitiva Iglesia.

»Los indios veían a los religiosos andar descalzos, con há-

bitos de grueso sayal, cortos y rotos, dormir sobre un petate con un palo o manajo de hierbas secas por cabecera, cubiertos sólo con sus mantillos viejos. Su comida era tortilla de maíz y chile, capulines o tunas. Sus casas, humildes y bajas. La pobreza y estrechura en que vivían eran tan grandes, 'que San Francisco que viniera de nuevo al mundo no les hiciera ventaja'.

»Admiraban los indios en los frailes el menosprecio de sí mismos, la mansedumbre y la humildad; su inviolable honestidad no sólo en obras sino en la vista y en palabras; el desprecio del oro y de todas las cosas del mundo, la paz, el amor y la caridad entre sí y con todos.

»Veían, además, cómo trabajaban sin descanso por enseñarles y fueron testigos de los denuestos, injurias y molestias que sufrieron de los que un tiempo gobernaron el reino, y de la mucha paciencia con que lo llevaban.

»El trato que los naturales recibieron de los frailes fue siempre amoroso. Si algunas culpas venían a su noticia, procuraban reprenderlos en secreto, y en especial a los principales porque la gente común no les perdiese el respeto y los tuviese en poco.

»Por todas estas razones los indios cobraron entrañable amor a los misioneros» (20).

Por todo lo anterior, ni duda cabe que el gran edificio de la nacionalidad mexicana fue obra exclusiva de la Iglesia Católica y de la España tradicional; sin embargo, para poder construirlo fue necesario cimentarlo sobre bases sólidas; Doce poderosas columnas, los doce primeros frailes.

Robert Ricard tiene razón cuando afirma que «solamente con la llegada de los primeros misioneros franciscanos en 1524 comenzó la evangelización metódica de la Nueva España» (21).

Y para mayor abundamiento diremos que tan excelsa labor ha merecido el reconocimiento incluso de historiadores anticlericales y de tendencias prosocialistas como don Jesús Romero

(20) *Doce antorchas*, Editorial Jus, 3.ª edic., México, 1975, págs. 42 y 43.

(21) Robert Ricard, *op. cit.*, pág. 79.

Flores —diputado constituyente de 1917— quien ante la personalidad deslumbrante de estos apóstoles no tiene más remedio que reconocer lo siguiente:

«Necesitaríamos llenar centenares de páginas para relatar la obra meritoria de las órdenes monásticas en el primer siglo de la colonia, en México, cuando hombres de espíritu abnegado supieron llevar hasta el corazón de las más intrincadas serranías una palabra de aliento a la raza oprimida por el encomendero; los que escribían gramáticas y vocabularios en los idiomas indígenas, reduciendo a reglas filológicas nuestros más humildes dialectos; los que fundaban colegios y enseñaban en ellos las lenguas de Homero y de Virgilio, la filosofía y la retórica a los hijos de los caciques indios; en una palabra, los que midieron con sus sandalias desde Guatemala hasta las Californias y se desmayaban en el camino de hambre y de cansancio» (22).

Ellos pusieron las bases o sea las doce columnas que son el sostén de nuestra civilización occidental y cristiana en tierras de México.

Después vendría toda una pléyade de apóstoles que seguirían adelante con la obra evangelizadora hasta integrar el México católico que hoy conocemos.

Pero de ese tema nos ocuparemos más adelante.

(Continuará en el próximo número)

(22) *México, historia de una gran ciudad*, Ediciones Morelos, 1.ª edición, México, 1953, pág. 101.